

cas de cortar el lenguaje en lengua y habla, la lengua en sincronía y diacronía, crean un objeto asequible al método: la lengua sincrónica. Pero inasequible a la realidad. Frente a Saussure, Beltrán reivindica la dimensión diacrónica (historia): la radical contingencia de todo lo social, y en consecuencia de todo lo lingüístico.

Lengua y habla están en planos respectivamente social e individual; ¿cómo se comunican?. Chomsky construye una oposición *competence/performance* cuyos términos están los dos en el mismo plano: en el plano individual. La lingüística de Saussure es estática, la de Chomsky dinámica: su modelo *competence* (estructura profunda/de superficie)/*performance*, es transformacional (transformación de la estructura profunda en estructuras de superficie) y generativo (generación de la *performance* a partir de la *competence*), pero la palabra «generar» tiene un sentido idealista como en matemáticas (explicitar lo implícito; formar, más que producir). Beltrán le plantea críticas paralelas a las que plantea a Saussure. En primer lugar, por la primacía de la *competence* sobre la *performance*. En segundo lugar, por la consideración de la *performance* como meramente empírica. En tercer lugar, por el carácter meramente abstracto de la *competence*.

Ya Labov nos había advertido de la paradoja de Saussure. A la lengua, lo social del lenguaje, accedemos por introspección individual. Al habla, lo individual, por encuesta social. Los sociólogos, y por tanto Beltrán, están más en resonancia con los sociolingüistas que con los lingüistas. La sociolingüística tiene en cuenta el contexto específico de uso del lenguaje: del *habla* o de la *performance*.

Es curioso que Beltrán no fuerce su postura con argumentos de Bajtin. Como antídoto contra la lingüística occidental vale la oriental. En 1928 (doce años después que el *Curso...*) aparece en Leningrado, firmado por su amigo y discípulo V. N. Volochinov, el libro de Bajtin *Marksizm i filozofiya yazika* («Marxismo y filosofía del lenguaje»). Ni

el título, ni las estúpidas incrustaciones de estereotipos stalinistas eran de su cosecha; si lo era el núcleo no contaminado del texto. La resonancia de esta obra fundamental fue muy amortiguada en Oriente, nula en Occidente. La muerte de Stalin permitió su difusión en Rusia, y al final fue traducida al francés gracias a los buenos oficios de Jakobson (*Le marxisme et la philosophie du langage*, Minuit, 1977).

Bajtin pone la primacía en el habla sobre la lengua, en la enunciación sobre el enunciado. La oposición lengua/habla cubre una oposición ideológica. La lingüística de la lengua es la ideología de las clases dominantes, la del habla la de las clases oprimidas. El poder es unificador, la subversión diversificadora. Dice Bajtin: «Está claro que la palabra será siempre el *indicador* más sensitivo de todas las transformaciones sociales». Y más adelante: «Clase social y comunidad semiótica no se recubren. Así, clases sociales diferentes usan una sola y única lengua. *En todo signo ideológico se afrontan índices de valor contradictorios*». Para concluir: «Las clases dominantes tienden a conferir al signo ideológico un carácter intangible y por encima de las clases, con el fin de ahogar o expulsar hacia el interior la lucha de los índices de valor sociales que se desarrolla en él, con el fin de convertir el signo en monoacentual» (p. 44).

La burguesía —decía Barthes— es la clase que oculta su nombre. Presenta como biológico y necesario el hecho histórico y contingente de su dominación. De ahí que hablen de naciones en vez de clases, y de derecho, religión, moral... naturales (en ambos casos, inherentes al hecho de haber nacido). Fundándola en naturaleza, aspira a eternizar su dominación. Reconocer la contingencia en el lenguaje es reconocer que esa dominación es —también— contingente.

Saussure era conservador. Chomsky, un revolucionario anarquista. Bajtin, un comunista. Nadie puede saltar por encima de su sombra.

Jesús Ibáñez

La economía de mercado

Jesús Albarracín
Madrid, Trotta, 1991

Tras su interesante libro anterior (*La onda larga del capitalismo español*), Jesús Albarracín nos propone ahora, en *La economía de mercado*, una reflexión más general sobre los fundamentos teóricos y el estado actual de la economía

capitalista, con el objetivo fundamental de «comprender la economía de mercado y su crisis desde una perspectiva que no sea la dominante». En este sentido, lo primero que hay que agradecer a Albarracín es que haya dedicado este libro a desmontar la explicación convencional de la crisis, que hace recaer sobre los trabajadores la responsabilidad de todos los males que aquejan a las economías capitalistas: paro, inflación, falta de competitividad, déficit, etc. Albarracín demuestra que dicha interpretación —envuelta en el discurso pretendidamente científico de que si los trabajadores «hubieran permitido jugar libremente a la ley de la oferta y la demanda», y en particular «aceptado unos salarios más bajos», se habría salido ya de la crisis— sólo pretende alcanzar el fin práctico de contribuir a la batalla ideológica del capital contra el trabajo (los sindicatos), en el marco global de la lucha de clases.

Como era de esperar en un autor con una larga tradición

al respecto, Albarracín utiliza en su libro «el enfoque marxista», pero, en esta ocasión, con la particularidad de combinar —lo cual constituye uno de los aspectos más valiosos de esta obra— la exposición detallada de los principios generales de la economía marxista (teoría del valor-trabajo y de la explotación; teoría de los precios; dinámica, acumulación y ciclos; teoría del dinero, el crédito y la inflación, etc.) con su aplicación, paso a paso, al análisis de cada uno de los aspectos relevantes de la economía capitalista real de nuestros días. Dicha combinación se lleva a cabo, además, con evidente acierto didáctico, que hace de su lectura una tarea fácil y recomendable, no sólo para los estudiosos ligados a las instituciones sindicales donde se ha gestado el libro —Institut International de Recherches et Formations (Amsterdam), Escuela de Relaciones Laborales y CC.OO.—, sino también para los estudiantes de ciencias sociales en general, que pueden encontrar en él un buen manual introductorio a las cuestiones básicas de la ciencia económica. Ejemplos de ello son: la comparación permanente de la interpretación propia con las teorías más ortodoxas, marginalistas y keynesianas; el esfuerzo de aclaración de conceptos importantes como la inflación, el proceso de creación de dinero bancario, y un largo etcétera; o el uso de referencias estadísticas actualizadas y otro material empírico, como complemento y apoyo de la argumentación teórica.

Ahora bien, si muchas son las virtudes del libro que comentamos, tampoco faltan aspectos más polémicos, que puede ser de interés desarrollar para lectores más especializados. En primer lugar, la exposición de los principios de la economía marxista se efectúa siempre en términos «no problemáticos», es decir, sin mención alguna a los debates surgidos en el interior de la propia tradición marxista. Hoy, basta con recurrir a fuentes indirectas —como la «Historia» de Fine, Hardach y Karras, la enciclopédica obra de Kühne, o el libro más reciente de Howard y King— para darse cuenta de que «el enfoque marxista» no es uno y simple, como lo presenta Albarracín, sino diverso y plural. Y esta cuestión no le interesa sólo al erudito, sino a todos los que desean conocer el punto de vista de Marx sobre las cuestiones más actuales del capitalismo y el socialismo, que no siempre sus discípulos han sabido exponer y desarrollar con el mismo rigor.

Por ejemplo, en relación con la crisis capitalista, Albarracín, siguiendo a Mandel, la caracteriza correctamente como crisis de rentabilidad y de acumulación, ligada a la dinámica de la composición orgánica del capital. Esto lo sitúa expresamente en la línea de la explicación objetivista de Marx, que deja en un segundo plano lo que sus críticos de entonces y de ahora colocan en primer lugar: los problemas de distribución implícitos en la evolución de la tasa de plusvalía. Pero desplazar la distribución al lugar que le corresponde (secundario respecto a las relaciones básicas de producción) no significa olvidarse de la lucha de clases, como parecen implícitamente aceptar Mandel y Albarracín al suponer que una teoría de la Onda Larga basada en factores puramente «endógenos» reflejaría una concepción determinista de la historia, sin margen de actuación para la voluntad humana. Esta es la clave del famoso «carácter asimétrico de la onda larga», la tesis de que su dinámica

respondería siempre a factores endógenos salvo en un punto temporal preciso, lo que le lleva a Albarracín a escribir que «la salida de una onda larga recesiva depende de la concurrencia de factores externos», o sea, que «el inicio de una fase expansiva es exógeno, porque depende de que la lucha de clases lo permita». ¿Pero es que acaso no existe lucha de clases en la fase expansiva? ¿Dónde está dicho que el capitalismo sólo puede ser derrocado al final de una onda larga depresiva? Más bien, parece que esta referencia unilateral y unitemporal a la lucha de clases se basa en el olvido de que es precisamente la lucha de clases esencial y objetiva lo que fundamenta en Marx la dinámica de la composición orgánica del capital, y, por tanto, todo el desarrollo del capitalismo.

En relación con el desarrollo del capitalismo hay, por cierto, otro punto importante. ¿Qué significa, si no es tirar piedras sobre el propio tejado, sustituyendo la teoría por los fenómenos empíricos de «poder», la tesis de que el capitalismo contemporáneo no es ya un capitalismo de libre competencia sino el «capitalismo de los monopolios»? En el sistema de Marx, el monopolio ocupa un lugar secundario, y ello no porque fuera un fenómeno marginal en su época, sino porque su concepción del capitalismo es la de un sistema basado en el valor, en el trabajo abstracto, es decir, en la «libre competencia de capitales» —¡no se confunda con el irrealista modelo neoclásico de la competencia perfecta!—, a la que todo, incluidos los monopolios, habría de someterse. Por cierto, ¿no le parece al lector la situación actual de IBM o General Motors una espectacular confirmación de esta tesis?

Y, por último, ¿qué decir del socialismo?. Merece la pena detenerse en este punto, pues, si bien Albarracín le dedica un espacio menor en su libro, también es verdad que una de sus motivaciones principales es oponerse a la ofensiva ideológica procapitalista y antimarxista desatada al calor del «fracaso del socialismo real», lanzando la idea de que «junto a la crisis del socialismo real debe hablarse de una crisis del capitalismo real». Pero ¿cuáles son las relaciones entre capitalismo, socialismo real y «verdadero socialismo», y qué papel desempeña el mercado en todo ello?

Albarracín considera que socialismo es igual a planificación democrática más mercado. Puesto que para él «lo malo no es el mercado, sino la economía de mercado», el socialismo no tiene por qué eliminar la función del mercado como «mecanismo de distribución de bienes y servicios» una vez que, gracias a la planificación democrática de los trabajadores, haya conseguido reemplazar a aquél en su función de «mecanismo asignador de los recursos productivos». Es más, insiste varias veces en que es vano esperar la superación del mercado en la primera fase de la sociedad comunista —el socialismo—, en tanto no desaparezca la escasez y sea sustituida por la abundancia.

Para Marx, las cosas son bien distintas. En primer lugar, afirma expresamente que en la sociedad socialista recién salida del capitalismo «los productores no cambian sus productos», y el trabajo invertido en su producción «no se presenta como valor de estos productos». Por tanto, en el socialismo no hay ni funciona el mercado, ni como mecanismo de asignación de recursos, ni tampoco de distribución de

bienes y servicios (funciones, por cierto, que sólo aparentemente pueden separarse). Lo que sí perdura es el principio burgués del «intercambio de equivalentes», pero ahora no como intercambio de mercancías, sino como norma que asegura que cada productor individual obtenga de la sociedad exactamente lo que le ha dado (en términos de trabajo).

Por otra parte, tampoco suscribiría Marx hoy la interpretación del «socialismo burocrático» que se presenta en el libro. Para empezar, Albarracín señala que la planificación socialista exige «el cambio de los criterios de eficiencia», y, sin embargo, parece utilizar los criterios convencionales cuando afirma que la crisis del socialismo real es una crisis de eficiencia; se entiende, de poca eficiencia relativa en relación con el capitalismo real. Paso seguido, achaca esta crisis al fracaso de la «planificación burocrática», que, a diferencia de la «verdadera planificación socialista», sería no democrática, hipercentralizada y jerarquizada. Pero lo ineficiente no puede ser la planificación en sí, porque entonces tampoco la planificación socialista podría ser eficiente; luego la ineficiencia deriva de la burocracia. Ahora bien, de los tres elementos que caracterizan a ésta, el hecho de no ser democrática no implica que no sea eficiente, porque el mercado capitalista «no es nada democrático» y, sin embargo, sirve de patrón de eficiencia en su análisis («Hay que señalar la eficiencia del dinero y el mercado como instrumento para permitir una mayor libertad del consumidor sobre los bienes relativamente superfluos», escribe en la p. 87). Luego la crisis de eficiencia deriva de la hipercentralización —el otro elemento, la «jerarquía», ca-

racterística también del capitalismo, puede reducirse a los otros dos, por lo que no afecta al análisis—, que es la razón por la cual exige Albarracín «la máxima descentralización», la autonomía de las empresas y la disminución progresiva de los gastos del Estado. Pero, acto seguido, Albarracín deshace lo que acaba de construir al señalar que las empresas socialistas no deberían tener ni beneficios ni pérdidas, ni deberían reservarse más que las pequeñas inversiones —quedando las grandes inversiones decididas centralmente—, y todo ello en el marco de una planificación que «trataría de hacer retroceder el mercado», a la vez que reducirse ella misma a «un volumen de decisiones sustancialmente menor». En definitiva, su conclusión es que la verdadera planificación socialista será eficiente aplicando algo parecido a una fórmula del caos: ¡menos Estado, menos planificación y menos mercado!

Pero, ¿no habría concluido Marx que, puesto que el llamado socialismo real nunca dejó de contar con mercados y dinero, ni puede sustraerse a la ley internacional del valor, su naturaleza debió de ser el fruto de una revolución socialista frustrada desde sus mismos orígenes? ¿No habría que sostener que el «socialismo real» no consiguió nunca sobrepasar los límites del capitalismo, y, en consecuencia, que lo que ha fracasado frente al capitalismo más tradicional es esta forma híbrida de capitalismo? Yo sustituiría la tesis de Albarracín: «el problema no es eliminar completamente el mercado, que no es posible mientras haya escasez», por la contraria: eliminar la escasez no será posible mientras haya mercado.

Diego Guerrero

El proyecto de Gramsci

Rafael Díaz-Salazar.
Barcelona, Anthropos, 1991.

Es este un libro pasado de moda (que pasa de modas) precisamente por ser un libro actual; moderno, por tener historia; y de lectura obligada, aunque obligatoriamente de difícil lectura; firmemente enraizado en una tradición, múltiple, de pensamiento, se abre a la consideración de la realidad presente, desde un vocabulario antiguo y conceptualmente renovado. A partir de un estudio minucioso y profundo de la obra de Gramsci, desarrollado prolijamente a lo largo de los cuatro primeros capítulos, se propone «ir más allá de Gramsci, con Gramsci», utilizando las orienta-

ciones metodológicas y las categorías analíticas empleadas por éste para estudiar la sociedad contemporánea y llegar, tras una severa crítica historicista del pensamiento gramsciano, a conclusiones no ya sólo diferentes sino incluso divergentes de las que el revolucionario sardo pudo generar en su momento. De manera que, según Díaz-Salazar, «el carácter dialéctico y antidogmático (de la obra de A. Gramsci) y su construcción como *proceso abierto* facilita elaborar un intento de actualización de dicho proyecto» (p. 313).

Frente al pensamiento perplejo y fragmentario que nos inunda, la opción por la modernidad y la crítica progresista, que recorre el libro de Díaz-Salazar, se levanta rigurosa a partir de un trabajo ingente —realizado sobre los textos originales— y metodológicamente irreprochable, al que no estamos acostumbrados por estas tierras, en donde la lectura apresurada de los «clásicos» y la vocación general a hacer de voceros del último «descubrimiento» anglosajón (tan bien pagada por otra parte), suele dejar la reflexión teórica ayuna de ideas originales y plagada de jerga irrelevante.

Aparentemente se trata de un libro de sociología de la religión; sin embargo, partiendo de Gramsci, el estudio del